

HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

Alfonso Rangel Guerra*

LA IDEA QUE TRATARÉ DE EXPONER A CONTINUACIÓN ES MUY ANTIGUA. Alcanzó su integración en los siglos V y IV antes de Cristo, en la ciudad de Atenas. Para su realización, debió disponerse de obras literarias que sirvieran como modelo y expresión cabal de la conducta humana en aspectos esenciales relacionados con los valores morales y políticos, más la capacidad de ejercer las virtudes superiores de la existencia. Estas obras literarias eran aún más antiguas que esta idea, y para esa época ya habían adquirido la condición de clásicas, otro concepto que tiene su origen en el mismo pueblo creador de la idea mencionada al principio de esta exposición. El grupo humano era griego, que en los citados siglos V y IV a.C., alcanzó la más alta manifestación de su pensamiento volcado hacia la filosofía, la poesía lírica, épica y dramática y la retórica, todo sostenido en el lenguaje, cuya riqueza y extensión fueron altas y vigorosas, tanto que todavía hoy nuestro lenguaje procede en gran medida de las etimologías griegas que fueron su origen. La idea que expondremos ahora, con cuya mención iniciamos nuestra exposición, es la idea que se expresa en la palabra *paideia*.

* Doctor en filología. Académico y ensayista. Miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua y director del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Todo lo que expondremos sobre la *paideia* procede del estudio que realizó el filósofo y filólogo alemán Werner Jaeger (1888-1961), autor de la magistral investigación que inició en su país de origen y cuyo primer volumen se publicó en Berlín, el año de 1933. La traducción al español la realizó Joaquín Xirau, ex rector de la Universidad de Barcelona, exiliado en México con motivo de la guerra civil que afectó a su país entre los años de 1936-1939. La magna investigación de Werner Jaeger se divide en cuatro libros, que en la edición en español se publicaron en tres tomos. La traducción y publicación en español (tomo primero, libros primero y segundo). Apareció en México en el año de 1942, y fue la segunda traducción a otra lengua distinta del alemán (el inglés). La continuación de la traducción al español fue hecha en 1944, directamente del texto alemán inédito, correspondiendo al Libro III, y el Libro cuarto y último, en el tomo tercero, en 1948, también del original alemán inédito. Después de fallecer el doctor Joaquín Xirau, la traducción al español fue de Wenceslao Roces. Hacemos mención a todo esto para señalar que la segunda mitad de la obra completa, fue realizada en México por primera vez, incluso antes de aparecer en idioma inglés o alemán, que se hizo en México por el Fondo de Cultura Económica.

*

Puede decirse que la palabra *paideia* no tiene traducción al español, pues como lo explica el autor en el texto que antecede a la Introducción, a la obra ya citada, la palabra griega *paideia* va en el título de investigación: (*Paideia, los ideales de la cultura griega*), como afirma Werner Jaeger: “*paideia*, la palabra que sirve de título a esta obra, no es simplemente un nombre simbólico, sino la única designación exacta del tema histórico estudiado en ella.” Y añade a continuación: “Este tema es, en realidad, difícil de definir”. Esta dificultad deriva del significado total de la palabra *paideia*. Si se traduce por “civilización”, no cubre todo su significado. Si se traduce por “cultura”, ocurre lo mismo; y también si se tradujera por “tradicción”, “literatura” o “educación”. Citemos de nuevo a Jaeger pues dice lo

siguiente: “Cada uno de estos términos se reduce a expresar un aspecto de aquel concepto general, y para abarcar al campo de conjunto del concepto griego sería necesario emplearlos todos a la vez. Sin embargo, la verdadera esencia del estudio y de las actividades del estudioso se basa en la unidad originada de todos estos aspectos -unidad expresada en la palabra griega- y no en la diversidad subrayada y completada por los giros modernos.” La afirmación que este autor añade en su explicación es importante y la tomaremos en cuenta en nuestra exposición: “Los antiguos tenían la convicción de que la educación y la cultura no constituyen un arte formal o una teoría abstracta, distintos de la estructura histórica objetiva de la vida espiritual de una nación. Estos valores tomaban cuerpo, según ellos, en la literatura, que es la expresión real de toda cultura superior.” Sobre estas importantes ideas, volveremos más adelante.

*

Si bien la educación humana tiene orígenes que se pierden en el pasado, a Grecia pertenece una concepción educativa cuya idea central corresponde a la formación del hombre. Ningún otro pueblo poseyó esta idea superior, consistente en la intención de establecer algo tan complejo y difícil como es el esfuerzo, permanente en el tiempo, de obtener que el espíritu humano adquiera una forma, es decir, formar o construir un hombre superior. Es posible que el significado de la palabra “formación”, que utilizamos de manera natural al referirnos al trabajo educativo, pierda con el paso del tiempo su profundo significado como lo tuvo es sus orígenes. Dar forma a algo consiste en proporcionar aquello que no se tiene. Por eso podría decirse que a algo informe, mediante un trabajo consistente, precisamente de transformación de la condición humana para cambiarla, de ser algo que no tiene forma, se le proporciona. Este adquirir forma, es semejante al trabajo del escultor, que de un bloque de mármol, mediante el uso del cincel, crea una estatua, una figura humana. La diferencia, claro está, es que el educador no trabaja con un bloque de mármol, sino con la parte más valiosa del ser humano, que es el espíritu.

Esta idea no la concibieron los griegos en un momento creador, sino que se requirió mucho tiempo para lograr que poseyera vigor y estructura propios, para cumplirse cabalmente en el proceso de formación del hombre griego. Esta visión educativa dirigida a formar el espíritu humano, fue la *paideia*, presente en la cúspide del desarrollo de la cultura griega. Fue tan importante y poderosa esa idea, que como afirma el pensador Werner Jaeger, “Sin la idea griega de la cultura no se hubiera podido concebir el concepto de Antigüedad,” como época histórica. Esta afirmación es muy importante, y con un sentido trascendente, pues nos lleva a concluir el valor histórico y cultural del sentido que tuvo la educación en Grecia. La concepción de que se puede ser poseedor de un principio prodigioso y humano que dio lugar al nacimiento de un período histórico llamado “Antigüedad”; implica un desarrollo coherente y ordenado, valioso y fundamental, por la alta significación otorgada al proceso consistente en la formación de la persona. Toda la grandeza, toda la capacidad creativa y propiamente la grandiosa presencia en que desplegó el espíritu humano en la construcción del mundo antiguo. Grecia, entendida como la cuna de la cultura y del pensamiento, como conductor y como transformador de la vida individual y colectiva.

No es extraño que una idea requiera siglos para alcanzar su cabal identificación. Es como un proyecto en permanente realización. Así está expresado en el título de la obra de Werner Jaeger: *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. En consecuencia, es algo que se proyecta más allá. Podría pensarse que esos ideales nunca se alcanzan, pero es necesario precisar que en cierto sentido es así, pero sin que culmine ahí la tarea, es decir, un ideal es algo siempre en proceso de realización en el sentido de que la meta solo implica un alcance que inaugura algo en permanente perfeccionamiento. La palabra “ideal” deriva de la palabra “idea”. Idea es una imagen pero también puede entenderse como un concepto. Entre imagen y concepto pueden establecerse otros significados: puede ser “intención”; “juicio”; o también, “entendimiento”; o “convicción”; o “proyecto”; Algo ideal, es algo que se desea alcanzar, que se pretende obtener, o cumplir, o realizar.

Jaeger precisa en su estudio que no es posible trazar la historia de la palabra *paideia* para identificar el origen de la educación griega, porque esta palabra aparece hasta el siglo V a.C., y se encuentra en la tragedia *Los siete sobre Tebas*, de Esquilo. La educación se proyectó en relación con la palabra *areté*, referente a un atributo correspondiente a la aristocracia caballeresca. La palabra *areté* se usaba para mencionar el valor, la destreza y la fuerza que poseían los hombres dispuestos al cumplimiento de la acción guerrera. Este atributo se identificaba con valentía y destreza guerreras. Tal capacidad se encontraba presente en *la Iliada* y en *la Odisea*, obras que mostraban en sus personajes la presencia de esta potencialidad. Pero además, es preciso añadir que dicha capacidad no era exclusiva de los seres humanos, pues también podía encontrarse en los mismos dioses, y además podía ser que se encontrara en ciertos animales, como el caballo y el perro, cuya valentía y nobleza podían manifestarse en su natural forma de ser. A partir de este atributo de fuerza y valor, va sucediéndose la significación de la palabra *paideia*, hasta llegar a entenderse en un sentido más complejo y extenso.

Ya se dijo al principio que la palabra griega *paideia* no es posible traducirla a nuestro idioma porque su significado se encuentra presente en varias palabras, es decir, en varios significados: la tradición; la civilización; la literatura; la cultura y la educación. Para establecer con mayor certidumbre el significado de estas cinco palabras, será necesario que nos ocupemos de explicar lo que cada una implica como significado.

Empecemos por la palabra *tradición*. Es algo que se cumple a través del tiempo. Se refiere a la conducta, la manera de actuar, el establecimiento de hábitos, principios y valores presentes en el contexto familiar y social. La forma de ser de una comunidad se cumple en la tradición, es decir, ese proceso que se realiza de padres a hijos a través de las generaciones. Esta forma colectiva de ser de un grupo humano, determina su condición de comunidad. Este concepto de comunidad lo veremos más adelante porque fue algo significativo en la estructura social del individuo, es decir, la forma individual de ser o actuar, propia de nuestro tiempo, no estaba

presente en la constitución del individuo, pues este era parte de un conjunto, de la *polis*, la pertenencia que identificaba al mismo tiempo la forma de ser y de actuar de las personas en un marco identificado precisamente como comunidad, entendida como algo más integrado que ser sólo parte de una sociedad.

Esta forma colectiva de ser de un grupo humano, determina su condición de comunidad. Esta tradición es notoria en las clases nobles, y menos en las que se identifican como el vulgo, es decir, la mayoría. Debe observarse que este conjunto de actividades, conductas, costumbres, hábitos, configuran una forma de ser, tiene la fuerza de la convicción y se convierte en una manera de actuar y vivir colectivamente. Es, también, una fuerza que da vigor y consistencia al grupo. Los diversos componentes de la tradición se cumplen mediante una acción, igualmente colectiva, que se entiende como educación pero que no se realiza en la escuela sino en la vida. Por eso no puede entenderse esta educación como una enseñanza según el concepto escolar que tenemos en la actualidad sino como una educación inmersa en el ser y en el obrar de la comunidad. Podría decirse que todos estos componentes de la tradición que se cumplen en el grupo es, en el fondo, la acción formadora de la comunidad. Así vemos que una generación se comporta de manera similar a la anterior.

El segundo vocablo es: *civilización*. Es un concepto que todavía hoy, después de más de 25 siglos de uso no se precisa fácilmente. Igual que en el vocablo anterior (la tradición), su significado se difumina en sus límites es decir, puede ocurrir que elementos identificados en el vocablo anterior, se utilicen también en este otro vocablo, que ahora intentamos precisar. La civilización, puede decirse que también es una forma de ser colectiva, pero ahora significando algo más extenso, más desarrollado y consecuentemente más alto que el anterior. El sustantivo *civilización* admite su conversión en adjetivo al referirse aquellos que son miembros de ella. Ser “civilizado” es mucho más que pertenecer a una tradición. Ahora, en la palabra civilización están presentes ciertos valores y ciertas actitudes que implican un desenvolvimiento o un desarrollo

personal. Ser civilizado puede entenderse como ser “educado”, para indicar que esa persona tiene actitudes y actuaciones derivadas de una educación de la persona, donde, además de obtener ciertos conocimientos, acepta ser identificado como alguien poseedor de formas reveladoras de una posesión de ser y actuar en sociedad, respetando siempre las diferencias de individuo a individuo.

Para los griegos, el fundamento de la civilización está en el derecho, es decir, el conjunto de normas que regulan las acciones individuales dentro del contexto social. El significado de la palabra civilización suele confundirse o mezclarse con el de cultura, pero como veremos más adelante, además de implicar el ser civilizado, formar parte de una cultura es un rango superior, pero esto lo veremos después.

Pasamos ahora al significado de la palabra *literatura*. En su momento, se explicó que la educación, implícita en la palabra *paidea*, la realizaban los griegos utilizando la literatura, es decir, las obras griegas que iban adquiriendo con el paso del tiempo el rango de clásicas, como *la Ilíada* y *la Odisea*, más las obras trágicas que se representaban en un escenario y escritas por Esquilo, Sófocles y Eurípides. El concepto de “clásico” para un texto literario, que también heredamos de los griegos, significaba que la obra permanecía vigente a lo largo del tiempo, porque en su contenido se representaban valores y actitudes cuya significación permitía mostrar formas superiores del ser humano, reveladoras de una conducta altamente representativa de lo humano. Por esto mismo las obras clásicas de la literatura griega no envejecían y seguían poseyendo el valor de las actitudes supremas de la vida humana. Consecuentemente, todo eso que se pretendía enseñar como formas y actitudes superiores de vida, las encontraban los griegos en su propia literatura.

La literatura griega comprendía, no exclusiva pero si fundamentalmente, la poesía lírica, épica y dramática, más que géneros literarios, podrían entenderse como formas representativas de lo humano, a partir de la visión que cada una de estas formas literarias se ofrecía a lectores, como visión del yo, o como narración, o como actuación

teatral. Estas tres maneras de representar la vida permitían asomarse al mundo interior del poeta lírico, al mundo narrado por el poeta épico, o por el espectáculo representativo de la vida en el teatro.

Los mitos están presentes en la vida griega, no solo en las obras de teatro sino también en textos filosóficos y líricos. El mito muestra la vida humana a manera de pequeñas historias, o situaciones que simbolizan o revelan la condición esencial de algo que corresponde a la existencia o a la condición o naturaleza del ser humano. Los mitos están presentes en las obras épicas y en las obras dramáticas. Los mitos ostentan en su aparente simplicidad condiciones esenciales del ser humano, y más que conceptos, utiliza imágenes y narraciones relevadoras de aquello que el mito explica. En la literatura, la filosofía y la visión griega del mundo, los mitos siguen mostrando al hombre su condición y sus límites. De ahí que la literatura muestre en sus narraciones y escenas dramáticas el ser humano en sus contradicciones y sus enigmas.

Educar con la literatura es poner en ejercicio las humanidades como reveladoras del hombre en su condición vital.

Continuamos con el análisis de las cinco palabras que Werner Jaeger considera están contenidas en la palabra griega *paideia*. Corresponde ahora ocuparnos de la palabra *cultura*. En principio, es necesario aclarar que el precisar el significado de las palabras *tradicón*, *civilización* y *literatura*, algo perteneciente a cada una de ellas nos ayudará a entender el significado del término *cultura*, pues ocurre que los cinco vocablos a que nos venimos refiriendo, ninguno contradice al resto, sino que, más bien, comparte significación y, en el fondo, se complementan estas palabras unas a otras. En el caso de la palabra *tradicón*, vimos que su sentido se alcanza y se realiza en el tiempo. Este es un aspecto que también, como veremos, pertenece a la *cultura*. Otro aspecto propio de la *tradicón*, se refiere a su naturaleza constante, es decir, que la *tradicón* solo puede entenderse como hábito o costumbre, o sea que se cumple en actos presentes a lo largo del suceder humano. En este sentido los hábitos y las costumbres, que al mismo tiempo, significan una forma de ser del individuo, también los encontramos en el significado de la palabra

cultura, si bien es preciso aclarar que la naturaleza de los hábitos y costumbres tuenen en la *tradicón* una condición que difiere cuando afirmamos que son atributos que también corresponden a la *cultura*, pues si estos hábitos y costumbres en la *tradicón* se refieren o pueden referirse, por ejemplo, a la puntualidad, la confianza, el respeto, y otros, se refieren en la *cultura* al estudio, el análisis, la interpretación o la valoración de las obras o creaciones artísticas, filosóficas o literarias.

En cuanto a la confrontación o separación de lo propio de la *civilización* y la *cultura* ocurre lo mismo. Si antes afirmamos que la *civilización* se identifica como un fenómeno colectivo, encontraremos que esto mismo también corresponde a la *cultura*, además, en ambos casos se requiere que esto propio de la civilización también corresponde a la *cultura*, pero con acentuación diferente en cada caso, pues lo propio del ser civilizado en algo referente a la persona pero al mismo tiempo debe estar presente en los otros, como formas actuantes de convivencia. Y en el caso de la *cultura*, es requisito indispensable que esta forma de ser corresponda individualmente a la persona, y que con ella semejante atributo está presente en otros miembros de la comunidad. Además, en cuanto este atributo es necesario que, por la naturaleza misma del actuar cultural, se entienda que en este caso se posea mayor capacidad de pertenencia al ámbito cultural. En tal sentido, la civilidad de las personas se traduce en formas de ser individual y colectivamente, miembro de una sociedad civilizada. Por otra parte la pertenencia a una sociedad culta supone posesión de conocimientos, sensibilidad, capacidad de interpretación y valoración de la vida humana.

En suma, la cultura es un fenómeno que se cumple en el tiempo, en sociedades civilizadas con capacidad interpretativa de la vida en su complejidad vital; la cultura es mucho más que todo lo expuesto hasta ahora, pero sobre este análisis sobre el ser de la cultura, volveremos a ocuparnos en la parte final de esta exposición.

Veremos por último lo correspondiente al vocablo *educación*, donde encontraremos otros aspectos estrechamente relacionados con la *paideia* griega.

Podría afirmarse que los primeros maestros que hubo en Grecia fueron los sofistas, pensadores itinerantes que viajaban por diferentes ciudades, impartiendo sus enseñanzas. La palabra “sofista” proviene de la palabra “sofia”, que en griego significa “sabiduría”. Eran, en consecuencia llamados “sabios” por los conocimientos que poseían. Los sofistas cobraban por dar el servicio de enseñar. Esto propició que Platón los criticara, pues él tenía como modelo la actitud de su maestro Sócrates, quién libremente y sin que hubiese ningún emolumento, practicaba con todos el método de la “mayéutica”; mediante preguntas obtenía, de aquellos a quienes ofrecía este procedimiento, para establecer los conocimientos. Este sistema de los sofistas fue algo nuevo en el proceso de la formación espiritual del hombre. Werner Jaeger lo llama un movimiento educativo “poderoso”. Y añade a continuación: “... por primera vez extiende a amplios círculos y da plena publicidad a la exigencia de una *areté* fundada en el saber. Esto último merece analizarse. Ya vimos que originalmente, la *areté* de los nobles se identificaba como destreza y valentía. Era, en consecuencia, una condición física y mental dispuesta a la lucha. Ahora, en este proceso de los sofistas, en el que el significado de una palabra va adquiriendo en el tiempo su extensión y mayor significación, ahora la *areté* se identifica con el saber, es decir, con el mundo de las palabras. *Logos* es la expresión que significa palabra, verbo, pensamiento. Una *areté* del saber conduce precisamente a la educación, al ejercicio del pensar, que fue, en su época de mayor esplendor, la práctica y la acción que identificó al mundo griego.

Volvamos a la función de los sofistas y detengámonos en un diálogo de Platón, precisamente aquel en que habla de los sofistas y que lleva el nombre del más reconocido de ellos, Protágoras.

El diálogo inicia con la vista de Hipócrates a Sócrates, para comunicarle que el gran sofista Protágoras se encuentra en Atenas, y el joven le pide a Sócrates le acompañe a ver al maestro, pues desea utilizar sus servicios docentes porque tiene fama de ser un gran formador de personas.

Entonces Sócrates le pregunta: “-Veamos, Hipócrates -le dije

yo- este Protágoras a quién tú pretendes llegar, a quien quieres dar dinero a cambio de sus lecciones ¿quién es y qué le pides?” Así empieza el interrogatorio de Sócrates. Después de varias preguntas y respuestas, Sócrates le pregunta al joven: “-¿Qué es, pues, eso que el personalmente conoce y da a conocer a sus discípulos?” Y entonces Hipócrates responde: “-¡Por Zeus, no sé qué responderte!” Y a continuación dice Sócrates: “-¿Qué pues, comprendes ahora a qué peligro vas a exponer tu alma? Antes de confiar tu cuerpo a alguien, si de ello tuviera que seguirse un gran riesgo, fuera en bien o fuera en mal, tú considerarías pacientemente qué partido habrías de tomar, y que pedirías consejo... y cuando se trata de tu alma, de la que depende toda tu dicha o tu desventura, según sea ella buena o mala, en este caso, digo, no consultas a tu padre ni a tu hermano, ni a ninguno de los que somos tus amigos, a fin de saber si debes confiarla, a ese recién llegado, a ese extranjero, o si no debes hacerlo?”.

Esta lectura del diálogo *Protágoras o de los sofistas* nos permite anotar un cuestionamiento que, con toda seguridad, no se presentaría en nuestro tiempo. En efecto, en Grecia en el siglo IV a.C., era una concepción de la educación muy diferente a la actual. Podría decirse que aquella era una educación personalizada, pues efectivamente lo era, pero es necesario aclarar que no había entonces otro tipo de educación. Esta circunstancia impone la necesidad de ocuparnos de ella para analizarla. Es evidente que la preocupación de Sócrates expuesta al joven Hipócrates es explicable, pues esa *areté* basada en el saber mencionada antes, impone la exigencia de ser muy cuidadosos en la decisión de entregar a una sola persona en la opción de concederle, a esa única persona la tarea de formar a un discípulo. En efecto, la fama de los sofistas no implicaba, necesariamente, que la sociedad en general conociera con detalle en qué manera estaba compuesto el pensamiento de los maestros sofistas, es decir, cómo se identificaba el proceso educativo mismo. Podría decirse que el común de la gente reconociera en los sofistas su condición de hombres “sabios”. Pero de eso a saber o identificar en qué consiste la sabiduría, problema que sin duda persiste hasta

nuestros días. En consecuencia, se sabía que los maestros sofistas poseían, el saber, pero de ninguna manera sabían cuál era ese saber.

Si ahora nos trasladamos a nuestros días, empezáramos aclarando que hoy, de manera general, la educación está institucionalizada. Esto significa que la educación es impartida en instituciones dedicadas a este servicio. Son en consecuencia, las instituciones las encargadas de contratar a los maestros que impartirán clases en la institución, sujetándose a los procedimientos establecidos para garantizar la eficiencia y la eficacia en la tarea docente. Además, y esto es imprescindible señalarlo, en la función de enseñar de las instituciones educativas de nivel superior, no se ocupan precisamente de formar a sus educandos, en el sentido amplio y extenso que significa precisamente la formación integral de la persona, sino más exactamente, lo que hacen las instituciones educativas superiores, es formar profesionalmente a sus alumnos. Esta educación profesional es la que prepara para desempeñar una determinada profesión que le permitirá incorporarse a la sociedad como un individuo capaz y responsable en su área de trabajo. Pero esto no es todo, pues igualmente se exige que los egresados de la institución educativa superior, se desempeñen profesionalmente con un sentido ético y responsable como personas íntegras, con un sentido de la vida que les permita comprenderla como la circunstancia vital en la que los valores supremos de la persona y la sociedad consideran lo humano como lo más valioso, que exige respeto y atención. En otras palabras, la formación profesional debe responder a la concepción humanista que debe ser sustento de la tarea educativa en todos sus niveles.

Regresemos a los maestros sofistas de la Grecia antigua. De ellos decíamos que llegaron a establecer la *areté* por el saber. Esta fue una aportación de los sofistas, que derivó hacia la concepción de la *areté* política, fundada, sobre todo, en la elocuencia, es decir, la posesión de la elocuencia, el uso del *logos*, de la palabra. El político entendido como un orador, poseedor de la retórica. Como puede verse, los sofistas alcanzaron un rango importante en el proceso de reflexión filosófica. Incluso, Werner Jaeger afirma que, “desde el punto de

vista histórico, la sofística constituye un fenómeno tan importante como el mismo Sócrates, o Platón. Es más -añade-, no es posible concebir a estos sin aquellos”. Con los sofistas, el aspecto intelectual del hombre se situó en el centro del pensamiento griego.

Es mucho lo que podríamos añadir sobre los maestros sofistas y la educación, según lo expone Jaeger en su obra. Pero el tiempo no lo permite. Concluiremos en consecuencia, ocupándonos de lo que mencionamos al principio, y dijimos que nos ocuparíamos de esto más adelante. Me refiero a lo que afirmó Werner Jaeger al principio de su libro “*Paideia*. Los ideales de la cultura griega”: es un texto breve donde el autor afirma dos cosas muy importantes. Dijo Jaeger: “Los antiguos tenían la convicción de que la educación y la cultura no constituyen un arte formal o una teoría abstracta, distintos de la estructura histórica objetiva de la vida espiritual de una nación. Estos valores tomaban cuerpo según ellos, en la literatura, que es la expresión real de toda cultura superior, veamos todo esto, sin ocuparnos ahora de la literatura, en el sentido en que la visualizaba el hombre antiguo, pues es un tema que exigiría una extensa exposición.

¿Qué significa esta afirmación de Jaeger, de que en la antigüedad la educación y la cultura no eran “un arte formal o una teoría abstracta, distinta de la estructura histórica objetiva de la vida espiritual de una nación? Veamos pues, en qué consiste esto.

Decir que la educación y la cultura no son un arte formal significa que no se identifica como una tarea consistente en acciones derivadas de una concepción compuesta de principios y definiciones de los que se desprenden acciones, métodos y procesos identificados como una disciplina o conocimiento mediante la cual se actúa, para la obtención de un objetivo determinado. Esta visión de la educación difiere radicalmente de lo que hoy se entiende por educación, pues ahora ésta se identifica como una tarea basada precisamente en teorías y definiciones constituyentes de una disciplina profesional desempeñada por personas especialmente preparadas para esta actividad, que son los maestros. Consecuentemente, debemos considerar que hace aproximadamente 25 siglos otra era la

concepción de una actividad entendida como algo inmerso en la vida y particularmente en el lenguaje. Por eso al afirmarse que para los antiguos la educación no era un arte entendido como una habilidad especial, o una técnica, como se entiende ahora, realizada por los maestros. Se consideraba como una realización que se cumpliría como algo perteneciente al acto mismo de expresar el conocimiento por transmisible por la palabra. Hoy, para el cumplimiento de este propósito, se cuenta con una teoría pedagógica que nos dice en qué consiste el proceso educativo, cuáles son sus métodos y se cuenta con una idea expositiva tanto de la enseñanza como del aprendizaje. Todo esto es lo que el autor pretende, cuando expone que los antiguos consideraban la educación como algo que consistía en propiciar un diálogo entre el maestro y el alumno, para la transmisión de las ideas.

Todo lo expuesto aquí se refiere a la educación del hombre en la edad juvenil y adulta. Terminamos con una reflexión sobre la educación como una teoría estrechamente ligada a las humanidades, pues a estas pertenece, sin duda, la educación como proceso orientado a la formación del hombre, como tarea superior en la formación del espíritu humano.